

## **DESDE LA VENTANA DEL SUR**

© J. M. Bombin

© Ediciones Beta III Milenio, S.L.  
Avda. Ramón y Cajal, 35. 48014 Bilbao  
Tel./fax: 94 476 11 55  
edicionesbeta@edicionesbeta.com  
www.edicionesbeta.com

ISBN: 978- 84-89212-74-9  
D.L.: BI-3958-07

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

Realización técnica: Ediciones Beta III Milenio, S.L. Printed in Spain

**J. M. Bombin**

**DESDE LA VENTANA DEL SUR**





#### **JUAN MIGUEL BOMBIN.**

Nació en Portugalete, Bizkaia en 1916, y al estallar la Guerra Civil, en 1936, se incorporó a filas. De monte en monte, de llano en llano, llega a Asturias junto con otros milicianos. Perdida la guerra en el Norte, recuperándose de las heridas que recibió en combate, embarca en Gijón en 1937 rumbo a Francia. Desde allí pasa a Cataluña, donde prosigue la guerra a las órdenes del Coronel Galán, a la sazón director general de la Marina de Guerra de la República.

Exiliado en Francia, a finales de 1939 embarca hacia Buenos Aires con la documentación a nombre de Jorge Rubio, de nacionalidad Argentina (estos documentos los tomaría de un muerto). Allí se encuentra con otros exiliados, algunos de ellos figuras de primer orden de la República Española.

En 1942 se traslada a Uruguay, donde trabaja en *El País* de Montevideo, uno de los periódicos decanos del Río de la Plata. Es entonces cuando entra en contacto con prestigiosos escritores como Onetti, Pablo Neruda, C. Martínez Moreno y con artistas como Margarita Xirgu, al tiempo que colabora con el Teatro del Pueblo. Contemporáneamente escribe algunos cuentos en la revista *Mundo Uruguayo* y en el prestigioso semanario *Marcha*. Además, edita dos novelas *Un Hombre del Siglo*, sobre el fondo de las continuas guerras, los desajustes sociales y la evolución tecnológica, y *El Encuentro con mi Amigo*, peripécia de dos compañeros de la Guerra Civil Española del 36.

Tras el golpe militar en Uruguay, por sus ideas se ve obligado a instalarse en Brasil, y a razón de su trabajo viaja por varios países de Latinoamérica, conociendo la realidad de estos pueblos, entrando en contacto inclusive con algunas reservas indígenas. A destacar, en esta etapa de su vida, la colaboración en *Veritas*, revista de la Pontificia Universidad Católica de Porto Alegre.

En 1987 retorna al País Vasco donde publica seis novelas: *Ceremonias de los Espíritus* (Adenda); *El abuelo Cristino* y *Una casa para Helena* (Ed. El Carro del Sol); *Más allá del horizonte* (Ediciones Beta, 2002); *A cara o cruz* (Ediciones Beta, 2004); *José, el carpintero* (Ediciones Beta, 2006). También publica el poemario titulado *Vertiente* (Ediciones Beta, 2003); y el libro *Un año en el frente. El bombardeo de Gernika. Memorias de un miliciano*, (Ediciones Beta, 2005), una crónica veraz sobre su experiencia en el frente durante la Guerra Civil.

*“Está en la sala familiar, sombría,  
y entre nosotros, el querido hermano  
que en el sueño infantil de un claro día  
vimos partir hacia un país lejano”.*

Antonio Machado



*Caminos, caminos  
y surcos verdes:  
la simiente apenas duerme  
en los granos de lluvia y sol.*

## I

Afuera, la lluvia mansa y fría golpea el barro, formando hilos de agua turbia. Su mirada se detiene precisamente en esos hilos, ¡bien sabe lo que la lluvia significa para la tierra seca un labrador! El agua en su esencia insinuaba el gesto de la vida, teniendo la inquietud de fertilizar; parecía que dejase un hálito muy remoto, divino. Se había materializado entonces y seguía mojando la tierra y al que tenía que ir de un lado a otro. Al mismo tiempo, la lluvia hace el barro que ensucia las botas y deja en el aire un color de tristeza, melancólico, plomizo, sombrío. Era el día de su partida. Mira y mece su cabeza... el origen de las cosas perdido en la memoria, la propia fuerza de cohesión... ¡De nada servía querer cambiarlas! En el agua que buscó la tierra, arroyo y río, estuvo la imagen del abuelo, sus palabras y el vino de las tabernas. La lluvia en la tierra, en los racimos de las cepas que plantó un anciano con paso firme. Un anciano que los domingos iba a la plaza del pueblo con su traje oscuro y su camisa blanca, de puños y cuello almidonados. Todo cambia y la tierra se fracciona, alguno parte. Recuerda que a veces los dos se quedaban comiendo la sopa que el abuelo preparaba. Era sabrosa y las palabras daban un toque..., la ternura inmensa que transbordaba cada movimiento de él; ¡jamás un alimento fue tan alimento!; no habría que perder la ternura y el recogimiento que vivieron.

A la hora de partir se pensaban muchas cosas, los recuerdos hacían su aparición. La tarde en que el abuelo dejara de existir... Se dejaba de existir y eso era lo malo; una tarde que la lluvia asomaba, como las palabras que tuvieron tierra, cultivo, pensamientos. Aquel viejo alcanzaba a ver en el cielo signos de vida a fuerza de pulir la mirada y abrirla a la luz blanca que perduraba en la vaga conciencia de los primeros tiempos, por donde bajó e iba a empezar a construir el suelo y el techo. Nadie entendía su mundo racional. A veces bebía vino y cantaba, miraba al cielo, a la planicie blanca, a las estrellas en su esfuerzo de acercarse y ver. El abuelo ya no estaba y de las tierras de la herencia, tan fraccionadas que sobran brazos para trabajarlas, sólo quedaban sendas y caminos; una causa aún desconocida. Alguno del lugar se iba hacia el sur, porque otros se habían ido, arrancados de raíz; él tenía novia, una antigua alegría y las historias de los viejos. La promesa de volver: maderas de ébano y cedro pulidas para hacer el arca, la dejaría en su sitio hasta más tarde. Estaba decidido aunque con mucha pena; un adiós temporal en el ruido de hierro viejo de la puerta, grave, en la vieja casa, sonó en silencio. Sus labios ardían al besar a su novia y al decir palabras reveladoras con mucho sentimiento, tocando los senos de ella, manantial de vida: en el arca guardarían su gracia, esperando. El caballo, tenso, relinchaba, y su herradura... ¡tas, tas!... en el suelo; el buey mugía en la niebla del río; la cigüeña giraba en torno a la torre, como si oyera y viese los crudos soplos del cierzo invernal, la nevasca: estuvieron todos allí, con el sol y, sobre la tierra, el trigo del pan.

Pasó por el plantío de chopos, sin hojas, los bueyes respiraban entre ellos; los bueyes y el río, aliento visible del invierno; la tierra desde el lirio, la hierba y los árboles. Los verdes volvían otra vez, la pequeña margarita, las amapolas; y volverían en la otra primavera, cuando estuviera lejos, echando de menos el olor extendido en el viento de los sembrados, el de la cocina paterna o la voz de la abuela; porque empezaba a ser emigrante, a sentir los tirones de las raíces, la esencia de eternidad, como el vino que siempre gustaron hacer. El abuelo había vuelto a su verdadero mundo de origen, precisó seguir el camino emprendido, eternamente. Era el destino, mudo, sin pena, que sólo Dios sabía a dónde lo llevaba, con la sustancia inmortal y los sueños y el acento de las palabras, soplo divino alguna vez: la vida hecha de sed y dolor.

El agua de la lluvia continúa, golpea el suelo y emite su sonido cayendo de las tejas y los ojos de ella miran a la lluvia, al agua que suena en la angosta calle; él escuchaba los consejos de los viñedos y

del amor en el momento que oprimía las manos de su novia. Desde niños se miraban, fueron creciendo y se hicieron fruto, simiente; a su vez, se hicieron racimos y vino por la estancia familiar, en la lumbre y en la estrella pálida. Todo parecía depender de las respuestas, tenía recelo de tanto ignorar y se impacientaba por saber y con lo que ella juzgaba por esclarecedor, en una sonrisa sana que ayudaba. Escuchó muy atentamente poniendo en la mirada una expresión de alegría compasiva, la sonrisa de ella, leve y transparente, mostrando ilimitada comprensión y recelo. La lluvia va cansándose, las nubes dejaban claros; podía emprender la marcha y la emprende; a trechos se detenía y se daba la vuelta para mirar, cada vez el campanario de la iglesia era más pequeño y el sentimiento mayor. Sus pasos hacia la estación del ferrocarril, su cuerpo vigoroso, joven, absorbía el cansancio, la fe, como las aves que vuelan alto. Se desprendía del aire olor a tomillo, a salvia... Desde niño lo sintió igual, a veces rasgaba un tallo de romero al pasar, lo restregaba en las manos y lo olía: había sido puesto allí al principio para que existiese, y el trigo y el centeno, las uvas y el espíritu de la vida que se siente. Y como si viera al abuelo sentado en un poyo de piedra, miraba sin pensar en lo que los otros podrían pensar de él sino en el raciocinio de la sustancia; pero las tierras de labrantío iban cansándose, eran fraccionadas de herencia a herencia, algunos del lugar se habían ido. Lo uno y lo otro, una sorpresa sentida momentáneamente intuye una serie de posibilidades alejándose pero su novia insistía en defenderse con un silencio profundo, en seguir donde estaban, era lo que tenía de más positivo.

Un silencio profundo reinaba en el aire y el resplandor del otoño entraba por la ventana, amortiguado. Empezaba a enfriar pero a medida que se alejaba del pueblo el aire adquiría ligereza. A pasos más lentos sube la larga pendiente de las afueras, los rastrojos le hablaban del verano. Para acortar camino sigue un sendero al principio sinuoso, que cruza una pradera con árboles amigos desde la niñez; al sendero contorneaba una ligera maleza. Llega otra vez al camino que serpentea lindero a las tierras de labrantío, algunas veces reducidas a parcelas muy pequeñas. Conocía a los dueños y por otro lado había vivido en verdadera intimidad con la naturaleza, era muy sensible a ella y separarse dolía; el paisaje en relación con el estado de ánimo, encontrara muchas veces en él sosiego, amplitud de espacios abiertos, hablaba a solas con las plantas. Aquí y allí destaca un verde pertinaz de los encinares, el camino discurría entre los campos. La tierra de barbecho, con piedras sueltas que el arado volteaba antes

de la siembra, iba quedando atrás. La hierba nacía tímida; las pequeñas flores, al abrigo de las piedras; y las ovejas buscaban hierba rica en sales, nutritiva, vida de la mano infinita; el horizonte cerrado de lomas, en ellas encinas y pinos. El aire puro, que subía hasta la torre, iba a las márgenes del río y lo cruzaba, a los majuelos en flor y también los cruzaba. El sol del estío en los verdes chopos brotados, en las voces de los labradores, en las canciones de vendimia. Tierra muy trabajada durante siglos, pobre por ser mal cuidada, sin olvidar que el hacha del leñador cortó los encinares que tenían nidos. Antes de partir ya pensaba en volver en cuanto pudiera, todo había crecido con él y el sabor lejano de la sopa del abuelo no le soltaba. Cruzando las huertas, un arroyo y las eras. Se mueve el río, fluye, serpentea y siempre emprende su marcha; cruza otros campos, que ya no eran tan generosos como lo fueron un día, aunque podrían llegar a serlo repuestos de la fatiga.

Perdía con irse los bosques que se teñían de rojo, las colinas y la inmensidad azulada; perdía por de pronto la cara de su novia, todo lo que invitaba a la felicidad. Ella se resignaba en apariencia a que él partiera, porque se le iban algunas palabras de reproche con un ligero acuerdo comprensivo que ocultaba su disgusto en el rostro encendido. Él le acarició para conformarla y ella se quedó quieta, respirando con la boca entreabierta y dejando vagar la vista por el paisaje; aspiraba la libertad de la naturaleza, podía acariciarla si extendía la mano. Ella misma no se explicaba la sensación de vitalidad que aparecía en el mundo circundante y soleado, ni comprendía otro motivo de dejarlo; sería el amor, la combinación de pensamientos y sensaciones felices, pero se trataba de momentos en que ninguno de los dos parecía estar conforme, como si la voz interior de cada uno reclamase al otro a través de insondables profundidades del sentimiento y las promesas. Ella lo escuchó y no pudo salir de su extrañeza, puso la cara entre sus manos con un gesto grave y ni con eso pudo ocultar que lloraba, los presentimientos eran los culpables, estaba más conformada a pesar de todo si ese era el destino; en el fondo de su ser sabía que no sería apelando al instinto como podrían disponer de dinero para vivir, un motivo fuerte, y no tenía el derecho de dificultar la partida disfrazando la cruda realidad, habría que guardar las apariencias todo lo que se pudiera. Los álamos de la orilla del río y los pinos de las lomas, sobre ellos el amplio cielo, que le llega en sueños, con un rumor distante. Se detiene y escucha el tañido de los campanarios que llega en el aire de los pinos, con olor a resina; y sigue

hasta que los campos se oscurecen, las laderas y el río; quedaban las voces en el aire, misteriosas, y su coraje, aunque se marchase pensando volver. Las velas de un velero desplegadas hasta que toquen el puerto y los labios besen libres de temores, beban la copa de ausencia; volvería a ser el temblor de pinos igual que al partir; su novia sabría más a novia y a amor. Estaba el placer de llegar que siempre lo hará soñar, que a la pena ha de dar una esperanza infinita, que ya empezaba a doler en donde aún el agua del río sueña y pasa, corriente que va quedando atrás, porque ella se pondrá a mirar por la ventana del sur a ver si aparece con la primavera. La primavera pasaba por los sembrados, por las diminutas flores, olor a flores silvestres que quedaba esperando; ella viendo revivir la tierra de labrantío, huertas y colmenares, allí el sabor del amor sobre la miel y los muslos escurridizos, temblorosos.

A esta hora, por el contrario, se alejaba por un campo ondulado y de fondo la tarde con luz del poniente, tornasoles plumizos, montes con el color violeta...; iba oscureciendo. Lo lleva con él, junto a la imagen de la madre, del hogar donde la leña quedó haciendo llama, humo y el puchero de los garbanzos. En torno al fuego quedaba un lugar vacío, con el oído atento por si llamaban a la puerta; la torre y el campanario, tan bellos y nostálgicos a la luz de la luna. Siente por ello tristeza y amor; no estaría con su novia cerca del agua que corre, pasa y sueña, que llega al alma. Volvería cuanto antes; los pensamientos con alas que preceden por dejar a su novia y que los ojos de los otros miren, mientras se alargan los días sin tocar el horizonte. Tanto le emociona que hubiera dado la vuelta antes de partir, pero estaba decidido. Quedaban atrás los pasos en las callejuelas, del pequeño conjunto de gentes; desde unos pasos tiernos, inocentes, regurgitantes de savia a otros cansados, lentos, buscando encontrar la razón; ninguno exactamente igual al otro, la belleza y la resistencia del conjunto; las resquebrajaduras y la palidez de la luz participando en las eras y en los surcos, como si los viera. La naturaleza no apreciaba desperdicios y nadie podría decirse a sí mismo que fuese más importante que una avecilla y tenían que buscar donde poder vivir. La reacción sería diferente al calor, la lluvia y los vientos; diferente ante la posibilidad de volver al lugar de partida.

Con la distancia y lo que se dejaba crecía el sentimiento amado, se despertaba de pronto tocando las fibras del alma, la sangre alterada. Eso solía pasarle a cualquiera que estuviese sentado en un tronco de sauce, piensa, y no llega a ver nada en concreto que le pueda

orientar, lo que oye son las voces de la noche. ¡Cuánto mejor raciocinar que dejar que los pensamientos tomen voz y hagan soñar con la vieja casa paterna, que dejó creyendo que podía ganarse la vida en mejores condiciones en otro sitio, en una mejor tierra para hincar la reja y sembrar! Siente, ve. En mente, la figura querida, la ternura de sus ojos y el sonido de su voz, desde que la leche de sus senos le escurriera por los labios recién brotados: su madre, lejanía y sentimiento que llenan de amor y emocionan. Se le humedecen los ojos; aquella voz, a pesar del tiempo, de los años, siempre tiene una fresca resonancia. Habla consigo mismo, de poco le servía hablar a los pinos, estaban raquíuticos y llenos de dudas de ellos mismos, daban la impresión de que se conformaran con impregnar el aire de su olor a pinos, a su resina, le agradaba. Su impaciencia le tiene a mal traer, estaba con prisa y tenía que esperar las cosechas; cansaba mirar tanto hacia el norte, pensar en la novia. Las ideas parecían claras y luego iban enturbiándose con el trabajo y el tener que transformar el sentimiento en sembrados y viñedos, seguir a lo largo de las huellas de la sementera, ver que los pinos siguen encorvados, haciendo largas pausas. Allí estaba Dios o la razón astral y todo acerca del tiempo, la vida y la muerte; al norte, la tierra natal. Lo más importante resultaba saber a dónde iba a parar la vida, porque lo que quisiera era contar con alguna certeza; por de pronto, estaba solo y bebiendo vino, sentado en un tronco de sauce. Los golpes del hacha cortaron el sauce llorón y en su tronco se sienta esta noche, después del trabajo, y recuerda con emoción aquel día gris y recogido que dejara la casa paterna para probar suerte. La voz resuena sin voz pero en su acento hay una extraordinaria gama de sentimientos y la inquietud que causa la distancia, la separación: encendido amor y amargura. Sólo las estaciones del año iban cambiando y tardaría mucho en poder volver; invierno, primavera, verano... pero el tierno recuerdo seguramente durará toda la vida. En su desdicha, la noche y el vino contienen un poco de paz y de ilusión, y la idea de que no hubiera final definitivo en este mundo; estaba el rumor de los pinos, un algo en la tierra labrada, en la semilla que sale a la luz, florece, fructifica, en el agua y en la tierra que sustentan.

-Te puedo decir que estoy casi arrepentido. Uno, solo, no es nada. Hay un temor en el aire. Me miras, Canelo, con esa cara perruna...; ya sé que de arrepentidos está el mundo lleno, eso dicen.

En su tierra natal era labrador y sigue siendo un labrador, emigrante, está solo con su perro y al costado del tronco de sauce tiene

una botella de aguardiente, la levanta y a contra luz nota que el licor tiene unas irisaciones de diamante. Bebe como solía hacerlo en invierno, en las noches frías, heladas, en la vieja casa; la bebida, aguardiente igual, deja en el paladar su sabor, diamantes que se desvanecen en la sangre. Le reanimaba unos instantes, las circunstancias le ponían en ese trance del bien y del mal contenidos en los días: el día sucesivo, nunca el mismo; en otro anterior, el beso en los labios de la novia, el bien que llevaba adentro de sí mismo, en su conciencia. Por la conciencia podía sentirse a gusto y al beber del aguardiente se suavizaba la garganta, en la presencia de la noche y en el algo divino que tenía cerca: beber en premio a una noble acción que se traducía en estado de espíritu. Está como arrepentido, se había entusiasmado con el espíritu de la letra de un anuncio y ahora echa de menos lo que dejara, su novia quedó esperando. Todo en ella era a la vez fuerte y frágil, la naturaleza había sido buena, fue una suerte que el destino les pusiera lado a lado, amorosamente; a ella le gustaba ser buena y a él feliz. Quiso comprender, acariciar sus ojos largamente y, acordándose, detiene una sonrisa que puso el recuerdo. Resultaba fácil y agradable enseñarle, hacía preguntas inteligentes, escuchaba con atención, acariciaba y sentía un confuso cosquilleo en las partes que hacían todo por acogerse a las satisfacciones que la naturaleza daba, a los sentidos daba vago bienestar. Aquella timidez de ella tan compensadora y agradable que echa de menos era un terreno sediento que requería un riego constante. Levanta la mirada al cielo puntillado de estrellas y de misterio, durante el día estuvo trazando surcos, preparando la tierra para la siembra y en estos momentos descansa sentado en un tronco de sauce llorón; la noche rodea su diálogo, el día fue muriendo plácidamente para renacer, luz de otoño que está terminando. Y esa serenidad de la hora hace el reposo de la naturaleza, el remanso del Arroyo de las Perdices reflejó el azul plomizo del cielo, la lumbre del crepúsculo se fue esfumando hasta que el día devuelve el sol. Es de noche y se oye el croar de las ranas, son insistentes, es su vida; los pinos distantes y los árboles cercanos de las lomas, metidos en la noche, envueltos en ese algo que está y los diluye. Bebe otro trago de aguardiente, parece que lo reanimase ante la inmensidad y los pensamientos.

Poco a poco el horizonte fue llenándose de sombras, dejando paso a un cielo bermejo, en aquella parte. La luna, todavía a poca altura de la tierra, a punto de aparecer, a su alrededor un círculo blanquecino y misterioso de luz lunar; al hombre solitario le pone pensa-

mientos por la vida que lleva, preguntas. Esa luz hace aullar a los perros y Canelo aúlla: la luna que llena el mundo de fantasías y encantamientos, de apariciones y almas en pena, influyó e influye en la vida. Hay un silencio imponente en el campo que ha perdido su forma real a esa luz. Vuelve a beber para templar el ánimo lo suficiente, aplacar los recuerdos y no pensar en lo que ha hecho ni en los años que pasan sin sentir. El espíritu se ha vuelto una tierra de sembrados que vio una vez retoñar y la volvió a ver retoñar, y un árbol que a su sombra los días muy calurosos el viejo filósofo de espíritu muy sutil estiraba su alma, temple, afina y sensibiliza. Lo relaciona con su abuelo, era así, dejaba sus palabras y todo en él en el remanso, no lo olvida. Esa admirable serenidad que lo rodea trae el recuerdo, desarma, quisiera poder hacer algo para echarse atrás y deja que sus lágrimas rueden, se asemeja a un cantor vencido por la propia vida, la tragedia de su canto y por seis cuerdas de su guitarra; las lágrimas sentidas por el dolor que mata y hace vivir todos los días.

—No me hagas mucho caso, Canelo. ¿La luna?

En el zaguán, en el prado o a la orilla del río, Margarita ya era mujer, su belleza inicial se había afirmado; era elástica y sus senos como debían ser, jugosos y con olor a limón imaginario, lo mismo que las trenzas que llevaba cuando se le declaró y se las dejó para que acariciase, le dejó su cabellera larga en un principio porque le permitía ser ella misma; modales, seriedad y por eso se pusieron a pensar en el futuro; y cuando hablaron de la partida, ella puso la cabeza entre los hombros de él y se quedó quieta, sólo con los ojos despiertos en una mirada dulce y piadosa; tenía entre sus dedos unas margaritas recién cortadas para ofrecérselas a María Auxiliadora. Las lágrimas anunciaron la partida y le fue dejando atrás, haciéndose cada vez más pequeña a los ojos y luego ya sólo fue una mano de adiós y luego, nada.

—¿Y ahora Canelo? Aúllas y miras, lo único.

Nadie puede vivir fuera de su propio mundo, ese es su raciocinio en estos momentos en que escucha atento a la noche silenciosa, porque es él la noche entera, que iba uniendo las palabras, dándoles consistencia para que sustentasen el todo. Ya empezó a sondear la resistencia de los nervios, era flexible en unos pocos instantes, como si fuese la propia fuerza con la que podía contar y que podía unir las diez mil cosas que estaban por delante; él es el surco y, sin que precisase pensar mucho, sus manos echan la simiente en la tierra, que apenas atenderá consistiendo en formar el sembrado, usando la fuer-

za de la tierra, a diferencia de las palabras. Las semillas iguales en apariencia dan árboles diferentes, aunque escuchen el canto de lasavecillas o saluden al pescador del río. La luz de la luna devuelve la forma de los contornos; blancura de luna, de la misma forma que en los otoños del norte, de donde procede y quedó el rostro de Margarita, que parecía con esa luz algo aparte del cuerpo. Lo miraba a los ojos con sus ojos y se estremecía, semejante a una llama móvil, una brasa, daba sed; sed de senos y muslos tersos y escurridizos, con mil vibraciones, lo siente. Pero solamente eso no era lo que le llenaba de angustia sino figurarse sus ojos mirando el atardecer por la ventana, fijamente, a otra hora diferente, insistiendo en ver el horizonte surgir, desprenderse la lumbre y aparecer la luna: aquellos ojos de Margarita tenían brillo, vida, porque estaban en el tiempo y, al desprenderse, le hizo temblar. Las palabras entrecortadas, ella para un lado y él para otro, como si estuviera con falta de aire al intenso calor de la llama.

—¿Qué tienes, Canelo? Aúllas a la luz de la luna, ¡estás impaciente! Que hablo de más..., que ‘a caballo muerto la cebada al rabo’; ¡pero si sabes como pienso! Tú no bebes aguardiente, ni siquiera vino, de modo que sólo yo apagaré esa ansiedad. Quédate tranquilo, tenemos que comer, lo sé; pero ver todo esto, este cielo, y pensar en cómo pudo hacerse... tremendo. No, no es para que te frotes en mis perneras. Sí, la tierra del Senador Viña la trabajamos ‘en parcería’, sólo que... una cosa es la letra y otra el espíritu; tú lees... a medias y vas en esa, te parece buen negocio y te metes en la cabeza, ¿me entiendes? Para juntar el dinero... ¡Mejor no pensar!

Unas hectáreas de tierra, que trabaja en parcería: le adelantaron simientes y utensilios de labranza, tractor y la voluntad del cielo. El Senador era un hombre de esos que iba acumulando capital y una posición política destacada. Le hablaron de él en un tono de obediencia que marcaba al mismo tiempo su hombría, serenidad, genio, la imagen del caudillo: en el libre arbitrio la sangre, dolor, la vergüenza acumulada años y años en esa extensión. En todos lados había serviles y verlos adorar eso era lo malo, rechaza. Una diferencia enorme con su abuelo, y de él tuvo las primeras impresiones que se grabaron, las palabras tenían un sentido diferente, de libertad, semejante al viento que lleva olor a resina de pinos, de savia y de río, esencia del espíritu, de la luz blanca circundante. Un profundo silencio rodea el lugar y la vivienda, aislada en medio del campo, con luz de luna. Un aullido le sobresalta; Canelo se pone nervioso y él mira, escucha, le

parece que a contraluz se recorta la silueta de un caballo, distante aún. Se inclina para agarrar la botella de aguardiente, sin perder de vista lo que parece ser un caballo y alguien que viniese con el ruido de apenas pequeños rasgueos en la noche. Al pie del tronco del sauce sólo la energía de las hormigas, desde el nacer al morir, sigue sin cesar, alguna vez oyó decir que tenían sus horas de ocio y de locura, lo que no dejaba de ser curioso viéndolas. El cielo del lado por donde se acerca la silueta, al ponerse el sol, de roja tonalidad, después naranja claro y ahora sombra y luz de luna, de otoño; al arroyo con luz de otoño le cruza un camino que llaman 'de las carretas'. Se figura a los viejos carreteros cruzándolo en invierno con frío seco, al amanecer, camino con vida y sentir de carreteros y mugido de bueyes; la rueda de la carreta con un quejido y el carretero al anochecer con una canción, antes de encender el fuego, tiempos que ya se fueron. Por las colinas sube y baja el camino, serpentea hasta que cruza el arroyo, todos los otoños y los inviernos, al canto de las avechillas, a los ojos de la vida del campo, parecido al del pueblo natal; impone un sentimiento, nunca se podía decir de dónde venía el camino y hacia dónde iba. Los perros más allá aúllan y Canelo aúlla, él lo acaricia; escucha, mira, son dos caballos que se recortan a la luz de la luna.

Está solo en esa soledad, se pasa el dorso de la mano por la frente por no haberlo pensado antes, podrían ser presentimientos de miedo, nada más; el temor y el dolor suben por la carne y el corazón y los ojos, el espíritu era diferente, sería por los fluidos que harían la variación, determinantes a fin de cuentas. Los cascos de los caballos y los aullidos de los perros estaban más cerca, podría darse el caso de que fuesen vecinos y se acercaran para charlar, beber un trago o conocerse, no lo sabe. Le llega el sonido de las voces, que sale del campo como un humo denso para los ojos. Canelo ladra a las sombras que se acercan; la luna por encima de las lomas, luz de luna, temor de luz en cada perro, aúllan. Fuera uno a saber. Se iban acercando, a un ritmo de marcha, nocturno. Escucha y por fin puede dejar salir un suspiro que había estado conteniendo angustiosamente: los caminos, el llegar y partir podría ser de otra manera, el que podría resolver todo y dejar a todos contentos nunca había aparecido en el mundo ni siquiera a dar una explicación de su obra. Los dos perros que llegan miran a Canelo, se miran desconfiados, rezongan.

-Buenas, don... Disculpe si somos inoportunos.

-Buenas noches. ¡Pucha! ¿Podría preguntarles qué es lo que les trae por aquí?

-Y... bueno, primero menearemos los caballos. Cállense, *carajo*; perros de mierda.

-Lo que puedo ofrecerles es un trago. En eso estaba, tengo una botellita de aguardiente, esperen...

-Buena idea. Eso 'mesmo'... entona. 'Semos' vecinos, ya sabe. Nos dio la idea de venir a saludar al amigo, qué le parece. Nosotros tenemos en parcería con el Senador el criadero de aves. Todas estas tierras son del Senador y él sabe lo que hace al hacer contratos en parcería, la peor parte es la del que deja el sudor gota a gota y vete a salir de ésa. Obligado te veas... la pobreza tiene cara de hereje. Arroyo arriba está la plantación de manzanos y otros frutales, en parcería con Antonio. Más arriba, La Calera, con Teófilo, y después cabaña con... Y bueno, dejemos eso. Ah, don... unos tanto y otros tan poco... ¡Deje ver esa aguardiente!

-Para eso es. Es bueno conocerse, una mano lava la otra...

-Chsss... cae bien. Buena, *carajo*. Un aguardiente y tanto.

-Esta botella la traje conmigo de...

-¡Ah, por estos lugares *pa* encontrar algo así... nunca! Bueno, don... es eso que dicen, alguien tiene que ser 'el paganini' de la boda. Al que viene de por allí se le dice..., se le dice...

-Inmigrante, y de allí para aquí emigrante.

-*Carajo*, a las cosas podían ponerles nombres más *pa* la gente. Fue *pa* venir a trabajar en parcería en las tierras del Senador, que... Ya hubo otro... y total... Eso nos pasa a todos, don. ¿Cómo es el nombre si se puede saber? Algo así como de Cristo...

-Cristino.

-Cristino. Cállense, perros de mierda o les rompo... ¡Cállense digo! Le deseamos mucha suerte *pa* trabajar y vivir solo aquí. Habrá *dejao* toda la familia *pa* esto...

-Qué duda cabe. Hay que probar suerte, ¿no le parece? El que no sabe es como el que no ve. Uno se dice: primero voy yo a probar suerte...

-Pero aquí sin mujer... como para ponerse a mirar a la luna y eso... ¿Quién le dice que en una de esas se junte...? Bueno, eso depende, ¿no? ¿Qué te parece José?

-Si no encuentra..., es duro, hermano; las noches frías *pa* calentarse y mete... Este aguardiente es de caña, ¿no? Pero que es bueno, es bueno.

-Como *pa* ponerle entre pecho y espalda y afinar las cuerdas de la guitarra. Déjense de cháchara. Don, si tuviera una baraja por ahí

podemos ir *pa* dentro. Cuando llegué ya me llamó la atención la distancia en el campo, entre vecinos, por estos lugares, cada uno dentro de un pedazo de tierra...

-Del Senador. Bueno, él es que...

-Yo vivía en un pueblecillo y todos éramos como una familia, aunque a veces, claro... Uno se queda solo... y les voy a confesar que cuando vi a lo lejos...

-¡Ah! En su tierra natal..., qué buena idea, la gente puede beber y si sale pelea... es mejor. No me hago una idea, si quiere que le diga, no debe haber campo *pa* todos, seguro. Aquí también está el pueblo, allí hay que ir a comprar las cosas... y a lo que sea.

-Hay campo sí, sembrados, rebaños... pero generalmente se vive en pueblos o aldeas al menos. Claro que el campo está muy dividido... por eso. Creo que llegará el tiempo en que cambiará la cosa, esa manera de trabajar.

-No entiendo como si viven en población pueden... ¿Quiere decir que tiene esas ideas que le dicen? No creo que le caiga bien al Senador.

-Dejen eso, que vivan como quieran. Vamos a 'julepiar' un rato. A ver dónde está esa baraja. *Pa* mí... si no hay timba y polleras no sirve. Empezaremos jugando por lo bajo. Será mejor jugar bajo, que yo ando con poca plata y si se me va, se acaba y luego tendré que aguantarme de decir malas palabras.

Los tres trabajaban en la propiedad del Senador, en parceria con él y otros que no conoce. Era muy difícil definir la sensación de espacio que rodea, hasta dónde iban los contornos; le bastaba levantar la cabeza cuando araba para la sementera y hacerse una idea. El rancho donde ahora estaba con los dos que aparecieron de improviso, era un rancho con 'piso' de tierra y fuera de él, espacios hasta las lomas y los pinares. Entran y él echa unas astillas de leña en el fuego, lo sopla para reavivarlo. Se da la vuelta en calma; los otros dos se preparaban para jugar a las cartas, no quisiera participar, desconoce la reacción de los recién llegados, le agradaría más quedarse escuchando las palabras que le llegaran del pasado, su propia vida; en su interior otro mundo que el de ellos, el que empezara junto al abuelo, la contemplación y el sentir. Todas las cosas iban transformándose con el tiempo, se acababa aparentemente un modo de vida y siempre la vida iba buscando soluciones satisfactorias: el punto preferencial, situarse en él y desde allí poder ver la posible razón de ser y despertar la atención, alcanzar un estado de equilibrio. Sería cuestión de tiempo, el camino serpentea y pasa, por

eso el abuelo aparecía en imágenes borrosas, sus gestos, tan diferente de los dos que llegaron esta noche y escucha lo que dicen; las palabras remotas se diluían, se transformaban en sentimiento.

Mira a los dos hombres, a sus ropas, observa, todavía son de pensamiento pequeño, le parece. Se distraía haciendo comparaciones, era evocar a su vez, hacerse una idea del lugar donde vive, donde también viven esos hombres que se preparan para jugar a las cartas, por dinero. Allí pondrían su emoción, la de una vida como la de ellos, siempre quieta, hasta que los perros aúllan y la luz de la luna los impulsa a ir a alguna parte. Por lo menos, son una presencia, de forma que puede olvidarse un poco de sus cosas, de las que tanto echa de menos...; las caricias de su novia, la sensación y el deseo de tenerle entre los brazos, las muchas ilusiones, los proyectos que ahora se vuelven espinas. Hasta hace poco estuvo sentado en un tronco seco de sauce y con la luz de la luna y ahora mirando la lumbre de Prometeo; las cosas que unían, diferentes, un gesto, una palabra, la ternura intensa que transbordaba cada movimientote ella: sus palabras y la voz suave llevaban a los oídos cadencias como las del almendro en flor, era sentir alegría pura, porque todo existía y estaba que no cabía en él; la flor aparentemente quieta, moviéndose, modificándose y así haciendo tiempo. Ella allá lejos y él viviendo de esa manera, porque esa era la verdad y no saber nada de cierto, del verdadero mundo, intranquiliza.

—Qué es lo que tiene, don... Pues no dice esta boca es mía. Nos cansamos de barajar.

—Miraba al fuego. Puede echar las cartas. Canelo, no me rezongues, échate aquí, a mis pies, ellos son visita y son perros como tú.

—Don... qué cosas tiene, es un poco raro.

Acaricia a Canelo y observa los movimientos de los hombres, con las cartas de juego, tendría que cuidarse, aunque comprende que quieran compartir unas horas con los semejantes, jugar a las cartas, un impulso muy natural, entre ellos podía haber diferencias en el modo de ver las cosas, de darles sentido. Él se había criado con otra educación y le gustaba escuchar el canto de las avecillas, sentirlo profundamente, un algo que llegaba en el espacio, acaso a ellos les gustase escuchar a las avecillas... pero duda de las intenciones. En todos lados se daba lo profano y lo sagrado, en las cosas mismas, y la interpretación que les daban algunos dejaba un malestar adentro, porque a lo mejor era sentir la vida desde otra dimensión, desprendida de la vida anterior. Sólo la belleza le causa un estado de ánimo diferente, sutil y hermoso: los frutos maduraban al sol, estaban expuestos al

calor y acabando así la vida de la materia, naturalmente. Simiente y fruto, sol que transformaba aquello que era y no estaba en condiciones de responder aún, se inclinaban para lo espiritual debido al riego del jardinero, del que hablaban 'quedo' porque no lo entendían, apenas sentían excitación, siempre comienzo.

-Vaya, don... tiene poco que decir. Un jugador... Están mezcladas. ¿Acaricia al perro... para entrar en forma, se concentra?

-Estaba pensando en algo que mi abuelo... No, nada.

-Fuera, perros de mierda, déjense de... ¡Fuera! Sí que nos resultó el hombre de pocas palabras. El otro medianero que estuvo aquí antes charlaba hasta por los codos, los del Senador le bajaban los humos. Tiempos idos, todo cambia, *carajo*. *Pa* las cartas era de *cuidao*.

-Tiempos idos. Los que lleguen repetirán...

-Pero uno oye decir que el vecino es un in... eso. Por curiosidad.

-Inmigrante.

-Pero, puesto en blanco, qué *carajo* de diferencia tiene eso, qué...

-Eres 'cerrado de mollera', José... No es lo mismo dejar la patria, ya te lo dije, a ver si entiendes. Aquí salieron en las 'patriadas' para hacer la patria... a ver si entiendes.

-¿Si entiendo? Menos. Cacho, alcánzame la botella *pa* ir haciendo tiempo. La patria no hace diferencia para echar un trago, ¡y si tuviera un poco de pan y queso para mojarlo cuánto mejor!; no hace diferencia la patria *pa* entender lo que se come y lo que se bebe.

-Se ve que adivinó el pensamiento. Bueno.

-Escucha José, quiere decir que deja la patria, que uno tiene fuerza *pal* trabajo y pierde el voto. Después que tiene fuerza... Eso sí que tiene gracia. Es que no 'habera' tierras *pa* todos, seguro.

-Eso 'mesmo', Cacho, puede darse. Tierras *pa* labrar puede que 'haiga' todavía pero al paso que paren... te voy a contar. Se oye decir que fulano hizo un negocio de la masita. Honradamente, empezando de abajo... Soy burro pero no tanto.

-Se piensa en tierra buena, gorda, *pa* hincarle el arado.

-Tierra buena... *pal* Senador. Va a ver el resultado, don..., al arreglar cuentas, y no diga quién se lo está diciendo, por Jesucristo, don... Establecer un negocito o cosa así por cuenta de uno ni pensarlo dos veces, trabajar en la ciudad, que tiene de todo y si te enfermas... En el campo... y de otro...

-Cacho, tú no conoces un cuerno de negocios ni de ciudad, ¡hablar por hablar!; dime con qué... y qué.

-Que hay mujeres... y vestidas con esas 'polleritas'... que se te cae la baba, dan ganas de correr como potranco. Si se puede juntar algo, se ha de vivir que ni te digo, ¿por qué se van a la ciudad, di? Insisto: otra cosa, don... Se ve que fue a la escuela... ¿Entonces? No como tú, ¡cabeza de chorlito!

-¡Eh, un momento! Vamos a ver si me explico; el emigrante consigue permiso de entrada en este país más fácil como agricultor... y siendo agricultor... En resumen, el hombre ha dividido el mundo y hay que atenerse a eso. Una cosa simbólica, porque en el fondo se divide en tres clases: los ricos, los remediados y los pobres, y... No sé si me entienden.

-¡Carajo que entendemos! Entonces la patria *pa* usted... *Pa* mí un modo de pensar como cualquier otro, ideas. Mi bandera es la canción y enseña de mi patria, eso me enseñaron los soldados.

-Mira José, no vayas a hablar lo que no sabes, mejor templar la guitarra y cantar: "Que mi barco es mi tesoro".

-"Con diez cañones por banda".

-Este Cristino, se ve que es 'letrao', se ve. Qué bueno, al fin nos pusimos a 'prosiar' y las cartas a la mierda. Alcánzame la botella del don... que eso sí que es hacer patria. Qué buena es, *carajo*. Llena hasta el borde, no andes con miserias. Hace cosquillas, como *pa* salir a las patriadas. Disculpe, don... otra vez será la nuestra.

-No hagan caso, es para beber.

-En las elecciones se bebe buena, en las elecciones. Puedes barajar... Espera, atizo un poco el quinqué, subo la mecha. La camisa está medio quemada, don... y este queroseno... antes era mejor. El Senador dice que va a echar la 'letrecidad', tarda, tarda. En La Calera, en los escritorios *pa* hacer las cuentas... dos *pa* mí, otra *pa* mí... y la 'letrecidad' *pa* las 'encubadoras' no falta. Puedes barajar. Vamos de a diez, de a poco que estoy 'apretao' de dinero. Cristino, vaya haciéndose a la idea de votar por el Senador en las elecciones.

-Las elecciones *pa* mí no cuentan, soy extranjero, no tengo voto.

-¿Con qué se come eso? Eso me parece que no tendría que ver con el reparto.

-Con el tiempo, la ley... El que llega es extranjero como quiera que sea y siempre se siente un poco prisionero, sujeto a las reglas...

–Para el juego, *carajo*; no importa. Traen lo que saben, se dice *pa* conformar.

–Copo la banca; un as, rey... ¿Qué? Por poco... suelta la grana.

Los ojos pequeños de José daban la impresión de estudiar a las personas como si fueran curiosidades, los posa en la estampa del papel moneda. Él se descarta y vuelve su mirada hacia el tronco de sauce que el hacha del leñador, golpe a golpe, dejó en ese estado, sólo es tronco, permanece allí para agonizar en cada invierno, sin sombra ni nidos, le falta el canto de las avcillas; las hormigas hacen galerías entre las secas raíces, trabajan sin cesar, indiferentes a su presencia. La noche era una de esas noches que la placidez se siente de verdad y el deseo es el de quedarse con los propios pensamientos, en el silencio y la oración. Algunas veces, debido al estado de ánimo, la vida, igual que si tomase misteriosamente decisiones, envuelve un temor acicalado por la imaginación, influencia del fluido magnético; pero dentro del ser bulle un deseo de disfrutar la belleza de las flores blancas del almendro mensajeros que los ojos ven y que envuelve la brisa con su aroma, incitando a vivir lo que había en el mundo, aún en un mundo imaginario, vasto. Estaban las estrellas prolongándose hasta el infinito y un camino cruzando el arroyo. En su pueblo natal, las primeras impresiones de la vida resultaron muy emotivas y perduran; iba a la orilla del río y conversaba con el río íntimamente, con el agua que tanto quería decir en su propia esencia. Cortaba leña para la lumbre, hierba para los conejos. Vivía mejor entonces, su respiración era abierta, sencilla, buscaba en aquellos silencios la luminosidad del espacio, vivirla, ningún interés oscurecía: en la soledad del labrador un justo fruto a sus brazos y los recuerdos que emocionan. Se hizo la intimidad de su casa, del abuelo, en el que confiaba plenamente y, como si lo viera con sus barbas y su camisa blanca, a él le debía lo que su espíritu contiene para vivir la suave serenidad de la naturaleza, descubrir algo en ella, sentir el roce divino del alma.

–Don... Si estamos de más dígallo, si no juegue, *carajo*. Parece que estuviera en las nubes. Y disculpe.

–Me descarto de nuevo. No me vienen cartas. Espere, a ver... No, no; una sola, juego.

–Bueno, bueno, bueno... hay juego. Yo me descarto, Cacho; tengo que andar con *cuidao*.

–Yo voy a arriesgar... Puede que sea *pa* impresionar. A ver, suelte, don...

–Un as..., un rey... y el tres.

–Llévese, es pa usted.

Una amistad incipiente. El viajero a su paso encuentra desconocidos, se detiene, mira, saluda y sigue y vuelve a encontrar con quien hablar, cambiar algunas palabras de paso. Tanto seguir la huella, se llega lejos, a otra parte del mundo, después de ir extendiendo lomas y ríos, escuchando la voz interior de las propias impresiones, allá todo se había vuelto tan familiar y necesario que después que se fuera brotaron los recuerdos con intensidad. Los dos hombres con los que comparte unas horas esta noche parecen sencillos, un poco rústicos, bien intencionados, pero podrían irritarse, tomar a mal un gesto, eran el reflejo de una época que con el andar del tiempo es lo que queda. Cacho tiene ojos negros, brillantes, inteligentes y móviles, a veces se le dilatan con entusiasmo por las jugadas que gana; su pelo es castaño oscuro, espeso y medio ondulado; y dice que toca la guitarra y que canta canciones. Lasavecillas también cantaban por amor. José tiene un aspecto ‘aindiado’, es de pocas palabras, mira de soslayo, somnoliento y se palpa la cintura con frecuencia. Él pudo ver el mango del cuchillo una de las veces y le pasó un escalofrío por el cuerpo, tiene conciencia de que está solo y de que tendrá que enfrentarlos llegado el momento. En el juego les está ganado y ahora se descarta para dejarles ganar y que no se lamenten de su mala suerte con tristeza. El alcohol les iba atontando y sería peligroso llevarles la contraria, no conoce a nadie, se hallaba solo más allá del horizonte; posa sobre la mesa su mirada gris, y siempre con algo del otoño en ella, para que ellos puedan ver un acto amistoso.

En su interior, eso le dejaba desconforme, al darse cuenta de su vida solitaria y a lo que se expone tiene que conformarse, resistir, dejarlos ganar a las cartas, ponerse a medir distancias, fuerzas. Está muy lejos de la familia y le viene a la memoria la cocina de la casa paterna, había olor a chorizos y morcillas ahumadas, se sentía a gusto y casi feliz junto al fuego que a su vez, con el espíritu del vino de la cosecha, le producía agradable languidez. Le empañaba un poco la vida el tener que parcelar las tierras cada vez, repartirlas, andar por el mundo como perdido, sin orientación cierta; nunca se podía comprobar a lo cierto a dónde iba el camino, subía y bajaba sin cesar. Los ojos rojos de tanto mirar la curiosa vida que lleva, desconociendo el origen, la verdadera naturaleza de las cosas; se estaba a merced de los males que podían sobrevenir, se vivía sin saber la razón de nada. Dejaba ganar a las cartas a esos dos, que abusaban de la bebida; toda forma de prudencia y suspicacia había sido grabada en una naturaleza ya de por sí reacia y cautelosa después de tantos tropiezos. La pre-

sencia de los dos medianeros no le habría distraído de sus pensamientos si no por el apego a la vida. Le habían perturbado, eran unos desconocidos que aparecían de improviso a esas horas de la noche y uno de ellos, de vez en cuando, palpaba el mango del cuchillo que llevaba escondido a un costado de la cintura. Él era consciente del peligro, vivía muy solo en medio del campo. Le pesa el paso que diera pensando en poder juntar algún dinero con el que hacer frente a la vida y facilitara su casamiento. Se tenía que pagar lo que se recibía y, no en vano, amaba a Margarita, que se quedaba pensativa, con los ojos entrecerrados, y le seducía; un contenido de poesía, y acordarse le deja mal. Las sienas le laten de cansancio, en el fondo no hacía más que repasar los números una y otra vez, resultaba evidente, los cálculos del principio no se ajustaban a la realidad, pasaría mucho más tiempo que el calculado para poder volver; no es el mismo de antes, ahora incluye el tiempo en los planes para no ilusionarse tanto. Las cosas desagradables estaban allí y permanecían en su mente, y volvía a pensar en la novia como un peregrino que emprende de nuevo el camino después de un breve descanso. Los recuerdos despiertan una serie de evocaciones y en la oscuridad reconstruye el pasado del que había surgido el presente.

Vio una abeja posándose en una flor que nacía en un tronco medio podrido; ella acomodó el polen que pudo y agitó sus alas feliz para llevarlo al colmenar, con la alegría de existir y ver la flor, que era todo: es la flor un lazo de unión, que se abrió en esencia y estaba esperando. Cuando él voltea la tierra y la prepara jamás consigue pensar, apenas siente intensa excitación, un cierto gozo, algo que a veces le hace llorar de alegría por el buen color del fruto conseguido y lo que ello significaba: los brazos y la semilla, tan ciertos como la abeja y la flor y el panal, permanecen unidos secretamente. El almendro reblandece, sus capullos blancos se abren apasionadamente, gimen de gozo, el viento los acaricia; las hojas verdes susurran de placer a los primeros rayos de sol. Sol, viento, lluvia y el camino sigue, serpentea y sigue. Los árboles quieren ser fuertes, se entristecen porque la sustancia comienza a desaparecer, se ponen meditabundos. La brisa del mar se apresura y balancea las ramas que dejan escapar sonidos secos, pequeñísimos siseos, y se tocan en las superficies: la humedad viene a hacerles viciosos, de un verde llamativo, o si les falta la sustancia se secan sus fibras y el viento se ríe con picardía o gime tímido, apagado; parecían vivir y tener voz. No era lo mismo que cuando estaba sentado en un viejo tronco de sauce. Había un cambio incesante, entramado con el cielo y la tierra. Extiende su

mirada a los cultivos y comprueba que no hubo olvido ni de la tierra, ni del arroyo, ni de la simiente; las patatas que sembrara estaban diciéndole que podría recogerlas y eso era animador. El maíz y la alubia crecían, se presentaba un año bueno, favorable; en esas tierras de cultivo del Senador el tiempo había sido bueno para los sembrados, una suerte. Después de la cosecha volvería a preparar la tierra para la siembra de cereales, estaba con prisa, ella esperaba lejos que, con los frutos del trabajo y la alegría de sentir escurrirse entre los dedos los granos dorados del trigo, emprendiera el regreso. Mira interiormente hacia atrás, retrocede algunos años y entonces nota más que vive muy solo, que ha perdido mucho dejando la tierra natal, la vida que llevaba; se ve a sí mismo cercado de incertezas, siempre con dudas. Se acuerda del abuelo, con su aire de apóstol, lo veía leyendo, como se quedaba mirando al cielo o le hablaba de la fuerza del mar. Han pasado los años y se le aparece como entre niebla, en la lluvia con su capa parda puesta, medio rojiza, y una sonrisa dulce, la mirada verdeazul: un manso y buen maestro al que escuchaba atentamente y todavía sus palabras resuenan; su capa y el frío que no eran sino el sentir y nunca estar en la cercanía de nada, donde nadie sabía dar solución de su ser. Un tiempo en el que aún se confiaba bastante en la palabra, había cierta ingenuidad hermosa, paz de espíritu y alguno que otro automóvil: expresiones que imponían el recogimiento, iluminados por la luz blanca.

Se seca el sudor de la frente, se endereza y estira los brazos y las piernas, ha terminado el trabajo del día, que declina. El sol ensanchando el disco, color lumbre, se disponía a ocultarse, como todos los días, pero hoy es de una gran belleza; la frescura, placidez y silencio de este sitio conmueve el alma y el cuerpo, los eleva. Allí se hallaba rodeado de las sementeras, plantó girasol y maíz, que han de irrumpir a la luz, ser una demostración de vida, porque quien dio origen a eso no se olvidó: color, belleza, pan. En la casa paterna, la mesa, después del trabajo, para continuar escuchaba al abuelo discurrir acerca del habitante del raciocinio. Ahora iría a sentarse unos minutos largos en el tronco de sauce, a descansar y reparar el alma, que se identifique con la inmensidad apartando lo que pudiese los fluidos de la materia, envolvedores. Se pondría a beber unos tragos de vino y, mientras, oiría el murmullo del arroyo y de otro arroyo perdido en los recuerdos, que acercaba el amor de Margarita. El agua, una manifestación hermosa de la vida, importante, hasta que embravecía peligrosamente, ahogaba: el amor hacía sentir la gratitud en el corazón y en la sangre, recompensaba, a su manera, el descanso. Cruza el arroyo de las Perdices y golpea el

agua con su mano, escucha el ruido del agua, el lenguaje de la tarde y de los animalillos que cantan a su manera para dejarse oír, de amor, vida, no se sabía qué fuerza potente y misteriosa se filtraba en el alma, en la carne, en esas manifestaciones. El toro lanzaba su mugido, largo, impotente, hacía temblar los árboles más viejos, donde rebotaba: el campo devolvía las voces encendidas. Arroyo arriba quedaba La Calera, estancia del Senador, antes se llegaba a los plantíos de manzanos, perales, ciruelos, allí vivía Antonio con su mujer, en unas plantaciones que trabajaba en parceria. Arroyo abajo, más allá de las tierras de labrantío, criaderos de aves.

Al principio pensó que el Senador fuese un caudillo con aspecto de caudillo, emprendedor; a su modo de ver había que diferenciar, poner cada cosa en separado y verlo como el sueño de esas tierras a las que se pondría a contemplar con espíritu sereno y fuerza de determinación. Se sienta en el tronco de sauce y respira hondo, escucha a la noche que llega; a su alrededor hay silencio, y las voces de pequeñas vidas, el ruido del agua del arroyo y a veces irrumpe el ladrido de algún perro, a distancia: silencio que hace sentir nítidamente las pulsaciones del corazón, sólo calma y pensamientos. Bebe un trago de vino, lo saborea. Se acuerda de su niñez, cuando cuidaba los bueyes de labranza, les daba pienso y agua, se fijaba en los ojos de los bueyes, llamaban su atención, el olor que les envolvía, el calor de los bueyes en la cuadra en invierno y verlos en el trabajo con su fuerza, estirándose, agachando el testuz, se doblaban para dar los pasos y lanzar al aire su aliento de bueyes de labranza; pateaban la tierra conmovida, sujetos al yugo, eran bueyes. En el horizonte, la oscura vida de los plantíos y la llanura, sin contrastes, ni verdes ni blancos, ausencia de color. Todo lo que siente lo asocia a otros instantes del pasado, hay una relación íntima, porque es recordar la tierra labrada, los animales, la impresión que le hacían; un pasado que le devolvía sus voces, entre las que sobresalían las palabras del abuelo, que daban forma a la vida, al sentir del alma, para él de una blancura deslumbrante, la razón de ser por último.

La noche daba un aspecto diferente a todo y le hacía sentirse más solo aún, distante de la casa paterna. Levanta la cabeza y mira hacia el norte, por la ancha ventana del norte, como lo hizo otras noches, luego entraba en el rancho llevando en los ojos un velado fulgor, del vino. Aparecen las estrellas y de nuevo le toca en los ojos la inmensidad y el camino que pasa y sigue, no alcanza a ver a nadie en el camino, nada; veía pasar la luna o la tormenta con truenos y relám-

pagos. Aquella visión nocturna era trágica, imponente para el hombre que está solo, la vida entera buscando cómo morir, los tropiezos tantos sin que llegase a encontrar la razón... Los truenos, estando cerca del arroyo, herían dolorosamente el oído y, el resplandor de las descargas eléctricas, temor al rayo. Un escalofrío sube por la espina dorsal y la rutina le curva sobre el fogón para encender el fuego y prepararse la cena, todo eran impresiones, vivir y pensar junto a la lumbre. El cielo inmenso impresiona, ese movimiento... siempre, siempre, eternamente; allá en el astral, su energía y las virtudes, que eran vidas o almas o la luz que estaba iluminando el desenvolvimiento de la videncia: por labrar la tierra y por sus buenas acciones un lugar, era de suponer. La noche envuelve y siente la necesidad de hablar con alguien, así un malestar adentro y la mirada fija en la tormenta, en el relumbrón de los relámpagos, sin defensa de nada. La tranquila noche perturbada por el viento que suelen desatar los aguaceros. Labrar la tierra en solitario no era nada fácil y no le daban importancia, el labrador tenía que conformarse y percibir lo importante que era la flor, bella y delicada, que se escuchaba a sí misma y se ponía a trabajar en su color, tenía que sentirse abrir y participar de las diez mil cosas: conocer la inmaculada alegría de ser una flor.

—Sí, Canelo, vamos a tener tormenta. Ya te veo impaciente. Bien, tú no bebes vino y es peor en estos casos, el vino atonta un poco, ayuda. Que se dispone de poco tiempo, se consume mal, ya lo sé, no hace falta decirlo. Puede ser que con el tiempo se salga de esos fluidos que envuelven como en una malla. Canelo, te asustan los truenos y los relámpagos. ¿Me miras? Ya vamos a entrar. Encenderé el quinqué y la lumbre, la lumbre...

La naturaleza era tan simple en ocasiones, agradable en la contemplación, pero ocultaba sus intenciones de pedriscos, de ríos desbordados; luz y sombra, se convertía en poco o nada, en unos pensamientos circunstanciales. Se deja unos minutos más donde está, como si se hallase frente al fuego encendido, levanta la botella y bebe un trago de vino, añade. Sus movimientos son lentos y recogidos, como un ritual, estaba descansando del trabajo junto al fogón, la lumbre de leña dejaba un olor agradable; en su agonía, el humo desprendido se une a una gratitud, la del sacrificio, prodigio y alegría elevándose que llevan a fijar los pensamientos en la tierra, por haber nacido y porque se daba tanta belleza y tanto dolor, que llegaba del ave herida. Su abuelo veía la continuación, estaba seguro de ello y al lado de él tenía una influencia sana para seguir apegado a buena parte de

las costumbres familiares, delicadas, que compensaba para acabar mejor los días. Esta noche echaba de menos al viejo, tendría su motivo, le enseñó la espiga cuando la tarde declinaba con olor de lumbre, lo recuerda en medio de la noche y con la impresión de que estuviese perdido, buscando el camino. Por el contrario, medita alentado por la esperanza y el consuelo fruto del esfuerzo y el descanso, en la misteriosa fuerza presente: la esperanza no era una satisfacción en el sentido escueto, las hojas de los árboles perdían el color y se desprendían una a una del árbol. Se hallaba delante de una incógnita, todos hablaban del Senador, sin embargo, nadie lo veía y estaba como moviendo los hilos: él en vano ha intentado una entrevista, poderle decir lo que pensaba, pero los inconvenientes fueron sumándose uno a uno, sin llegar a nada, aunque no piensa desistir, tendría que oírlo y eso supondría mucho, una ventaja, acortar el tiempo a sus peticiones antes que perderlo con los subalternos. Cada paso que daba en ese sentido resultaba un obstáculo, iba descubriendo escalones empinados que lo dejaban sin resuello, fatigado.

Otro trago de vino ayudaría a olvidar un poco tanto inconveniente. El fuego y la luz del quinqué proyectan sombras fantasmagóricas en la cocina, retorcidas, impresionantes. En todo ello algo que toca y que no se podría definir; el humo y el olor que desprenden los troncos al quemarse se juntan al efecto del vino, creciente y gradual excitación, abstracta; y más al acordarse de la casa paterna, que le trae el deseo de amar, de oír la voz de los suyos en vez de vivir tan solo, sin poder decidir nada. Era como estar atado de pies y manos, sin fuerzas; rebeldía, coraje; la tierra en las grandes rutas y la tierra arada, con cultivos; después del atardecer, ponerse a encender el fuego, ver el humo, sentir el olor de los troncos que se queman y desconocer la magia de las cosas y no poder olvidar lo que afecta por nada.

Con el pecho oprimido sale a respirar el aire de la noche, como si quisiera librarse de algo. Levanta la mirada, la noche permite ver recortada a lo lejos La Calera, rojiza y enorme; la luna ha vuelto; la tormenta, un susto. Estaba acostumbrado y, sin embargo, siempre se admiraba de una noche así, imponía pensamientos sobre el origen y el destino final. Al lado de Margarita, cuando aún ella era casi una niña, con aquellas miradas que lo fueron encendiendo, en las que había limpia dulzura; la luna les deja inquietos, ahora la luna allí encima y ella en ninguna parte a la vista, ¿quién le decía que otro no le tratase de enamorar! Sentía cada dos por tres el deseo insatisfecho y

no sabía hasta cuándo, eso era lo malo: la tierra para cultivarla con amor y ponerse a esperar que los frutos fueran buenos. Su inquietud, aspiraciones o la tendencia al bien le animaban en parte, un síntoma: disfrutar de la belleza, de todo lo que proporciona la vida, ver las cosas justas del mundo que le rodea, en pequeñas dosis. Vuelve a sentarse en el tronco viejo de sauce a mirar a las hormigas, incansables en su tarea de ir y venir con la pesada carga, ¡tanto afán a la luz nocturna! A la orilla del arroyo, otros sauces que quedaron, están quietos, pensativos, ellos en los días del estío ofrecían sombra y reposo. Se sentaba allí dando descanso a los pulmones, asombro a los ojos y vez al amor y al deseo, en el rumor que envuelve. Respira hondo. Lo que hacía era pensar en la vida de una manera o de otra, escuchando las voces que se detienen en la noche, viendo trabajar a las hormigas. El abuelo estaría leyendo allá arriba, en su raciocinio, rodeado de luz blanca, su aura; apuraría un buen trago de vino de cepas nobles que él mismo cultivaba, le gustaba el vino y volvía a la anterior vida. Parecía estarle escuchando y le dejaba conmovido en una noche tan parecida a aquellas otras de antaño y tan diferente a la vez, diferente de la que bajo la tempestad, en medio del campo, le tuvo encogido, aplastado por el trueno, y en los labios tuvo unas palabras piadosas.

Un breve relámpago alumbra la sombra y los árboles vuelven a ser árboles unos instantes. En el silencio que terminaba en trueno y en el mugido profundo del toro se imaginaba a Dios haciendo algo que no debía hacer, porque el que era bueno hacía cosas buenas y no los pedriscos o las guerras. Por el este surgía algo que lo dejaba perplejo, la inmensidad profunda imposible de comprender, que no tuviese fin. En el pueblecillo natal todos los vecinos se conocían, dialogaban, cambiaban impresiones e ideas y, aunque se dieran rencillas o se envidiaran, no dejaba de ser una comunidad, los contactos compensaban. La tierra de los frutos, ese alimento vital, en ella nacía, viviendo alegrías y tristezas, hasta acabar: un simbolismo, la nada, el propio secreto de la vida, de todas las cosas. El espíritu de las plantas, un detalle de lo vivido al sol o en los días lluviosos con olor a tierra arada; el sol hacía brotar la semilla y entonces podía sentir la gratitud de ser, de la creación: sol que calienta y quema, seca o da vida, puro contraste. Lo cierto era que se iría a dormir sin poder asir entre las suyas las bellas y elocuentes manos de Margarita, sin ver sus ojos claros. Cuando le miraba al rostro podía olvidarse de todo lo demás; después de unos tiernos preludios, desahogaba las eventuales intenciones de su cuerpo, eludiendo cualquier acción directa, primero enterneciéndole. Había que verle son-

reír ante las fuerzas de la naturaleza, que jugaban a la primavera, hacían estallar las yemas, los pimpollos y los besos. Era amor y, entonces, cada vez iba haciéndose más mujer, sus senos y sus muslos eran al tacto como una llama viva. Era entusiasmarse, creerse acertado por la decisión, sentirse feliz, quería la felicidad. Si otros se daban por satisfechos con intimar y echarse en el heno, que sustituía la felicidad, él trataba de penetrar en los dominios del alma para redimensionar; imposible que se diera por satisfecho estando tan lejos de su casa, en esas condiciones en que se hallaba.

—Y fue por la voluntad, Canelo. Mi abuelo decía que la voluntad era libre, por eso. Nunca funcionó a no ser tirando para lo aparente; estamos aquí pero la apariencia no es realidad, eso pasó. Mañana será otro día.

Las voluntades eran pasajeras, provisorias, porque todo pasaba, se acababa. Si no fuese así en el mundo de la materia sería eterno, con saberlo, una alegría primordial, duradera: la superstición de la vida y sin saber la razón de ella ni el origen. La tormenta le traía a la memoria las palabras del abuelo y las repetía porque le habían hecho efecto, sin duda. El pensamiento mismo incluido en el destino, por ser quien era y ocupar la posición que ocupaba; quien hizo el mundo nunca habló a nadie, puso la imaginación, el pensamiento, la voluntad y la sonrisa del viejo: tenía la certeza y el recelo. Él lo escuchaba y los dos por último se reían abrazados y después le vio cuando apretó sus ojos cansados, en el intento de ver mejor los verdes distantes se dio la vuelta y puso aquella mirada en él, que aún era inquieto y frágil como simientes recién brotadas pero que ya contenían los frutos del futuro; sonrió tranquilamente, no estaba dicha aún la última palabra, llegaría el día. Al lado de aquel viejo pasó muchas horas, solía decirle que poca importancia podía tener lo que él le dijera o lo que valiese la pena enseñar a no ser de la maravillosa belleza del trabajo y del raciocinio que acercaba, le parecía que nada podría ofrecerle fuera de eso, revelándose igual a los hombres puros en el trato con las pequeñas cosas, evasivas a veces, expandiéndose en la luz y en sensaciones de plenitud.

—¿Era un visionario Canelo? Los dos aquí estamos y no sé qué hacer, ¿y con otro para repartir el trabajo y la soledad valdrá la pena? Me lo plantearé con tiempo.

Llegaba al rancho después de oscurecer, con la impresión de verlo siempre borroso a la luz que fenece. La infancia misma iba quedando borrosa, el sueño y la distancia; la niebla se había espesado

con el tiempo hasta hacerle casi irreconocible, con el espíritu del vino. La que llevaba no era vida, ningún aliciente de por medio y una especie de furiosa apatía o despecho contra el destino; sólo la estupidez podría explicar el fracaso y culpaba al destino por culpar. La manera de aprovechar las oportunidades sería conociendo, sólo que a veces la precariedad de la vida le llevaba a creer en un derecho, podía ser por amor. Le gustaba pensar en la belleza pero eso sólo no bastaba, los disgustos aprecian, el peligro, que hasta podría estar en la belleza, que ejercía cierta influencia en los otros, que verían a Margarita, estando él tan lejos. Los celos empezaban a hacer de las suyas en los sentimientos que le habían inculcado y le vino el deseo de buscarle pronto, que amenazaba con quedar pendiente por más tiempo que el previsto. Una sustancia elástica era menos fácil de romper que un hermoso cristal con luces, había que cuidar que no se golpeará contra nada. En su impaciencia todo era amor, sentirlo estando tan lejos, los celos...; la maldad tomaba toda clase de disfraces.